

ROSA BLASCO

Premonición



MAEVA | NOIR

Escenarios de la novela





Mar Mediterráneo

ISLA DE
MENORCA

○ Playa de Son Bou

Lazareto de
Menorca

Mahón ●

Hospital General
Mateu Orfila

Aeropuerto ✈

Café
Andalucía

Es Castell

Menorca, Balears

1

LA ISLA, DESDE lo alto, desde la silenciosa inmensidad del cielo nocturno, semejaba una rutilante luciérnaga en medio de las tenebrosas aguas marinas. Los cientos de puntos luminosos que adornaban su vistoso caparazón iban agrandándose prodigiosamente conforme la aeronave se acercaba decidida a tomar tierra. Dentro del avión, el pasaje se mantenía expectante después de un vuelo breve, pero plagado de turbulencias. Los afortunados que contaban con una ventanilla al lado contemplaban admirados el magnífico espectáculo de sobrevolar de noche la isla, mientras los demás, callados, parecían respetar el privilegiado momento o, simplemente, cansados al final de la jornada, aguardaban un feliz aterrizaje.

Simonetta Brey miraba a través del cristal con cierta desconfianza. Por suerte, el asiento de al lado no se había ocupado y esa simple circunstancia le había hecho sentirse relajada durante el trayecto. Sin embargo, sabía que aquella tranquilidad iba a ser pasajera. El pedazo de tierra que la esperaba iba a proporcionarle una nueva oportunidad, pero no todas las oportunidades son igual de prometedoras, y temía que la mala suerte que la había perseguido en los últimos tiempos siguiera acechándola en su nuevo destino. Al fin y al cabo, desde allá arriba y en medio de la noche, la isla parecía más una cárcel que el lugar idílico que le habían vendido.

La inercia del frenado del avión al alcanzar la pista le liberó del ensimismamiento y del viento helado que la recibió,

sorprendiéndola nada más salir al exterior. «Es la *tramuntana*», comentaba la gente, que se abrigaba el cuello mientras descendía por la escalerilla. A esas alturas del año, la mayoría de los pasajeros eran autóctonos; muchos de ellos estaban de vuelta de haber pasado el día en Barcelona por cuestiones médicas. En la cinta de recogida de equipajes quedaron cuatro gatos y en la zona de llegadas un chico mulato, trajeado y de cuerpo imponente la estaba esperando: «Dra. Brey», anunciaba el cartel que portaba. «Esa soy yo. La cosa empieza bien», pensó Simonetta con una media sonrisa que ahuyentó los nubarrones que la acosaban.

Nada más acomodarse en el automóvil, el conductor, muy bien perfumado, le hizo una pregunta protocolaria para tantear si le apetecía hablar. Al constatar una respuesta de cortesía, se calló de forma educada y subió un poco el volumen de la radio para que la música se adueñara del espacio y evitara la incomodidad del silencio entre dos extraños.

A partir de ese momento, Simonetta se dejó llevar por una sucesión de melodías de *bossa nova*, a cada cual más sugerente, mientras pensaba con ironía si no se habría equivocado de vuelo y, en vez del Mediterráneo, hubieran sobrevolado el Atlántico y aterrizado en Brasil. No le importaba. Que la llevaran donde quisieran mientras continuara esa música tan seductora.

—Ya hemos llegado —anunció el chófer a la vez que aparcaba en una calle pobremente alumbrada.

Era noche de luna nueva y, durante el recorrido de apenas una hora, Simonetta no había podido vislumbrar ni un palmo del paisaje; tan solo recordaba haberse sorprendido al ver un molino de viento entre las casas de una de las poblaciones por las que habían pasado. El joven descargó el equipaje y quiso esperar a que alguien con quien Simonetta había quedado llegara. No quería dejarla sola a esas horas en un lugar tan solitario.

—No se preocupe; se lo agradezco, pero no hace falta. Ahora mismo aviso y vienen. Váyase tranquilo, de verdad.

Aunque el viaje estaba pagado de antemano, Simonetta le dio una buena propina y el chófer se despidió. Cuando dejó de oír el ruido del motor percibió de pronto un extraño sonido que la inquietó. Era el arrullo del mar, cercano e invisible. Las olas iban y venían con una cadencia serena y poderosa, magnificada por la fuerza de la tramontana y por el rotundo silencio de la noche. Su presencia era real; sin embargo, con la escasa luz de las farolas, era casi imposible saber de dónde procedía aquel sonido, cuál era la dirección correcta que seguir para encontrarse con él frente a frente.

Había mirado la casa de refilón, pero al contemplarla con más detenimiento buscó el número de la calle, que aparecía en un pequeño azulejo en la tapia baja que la rodeaba, porque no se creía que aquella preciosa vivienda fuera a convertirse en su nuevo hogar. Pero no, el atractivo chófer no se había equivocado. Rápidamente localizó el móvil de entre todos los bártulos que llevaba en el bolso y marcó el número del casero mientras cruzaba los dedos para que ni la trabajadora social de la prisión, ni la empleada de la agencia de viajes o incluso ella misma se hubieran confundido en alguna cifra y nadie contestara a su llamada.

—¿Sí? —se oyó al otro lado de la línea.

—Buenas noches. Soy Simonetta Brey, la nueva inquilina de la casa. Acabo de llegar, le estoy esperando.

—¡Ah, sí! La médico, ¿no?

A pesar de que su amiga Marisa, la filóloga, le había confirmado que «médica» era un término correcto, a Simonetta no le acababa de agradar. Prefería que la llamasen doctora si la ocasión así lo requería. Y aquella era una ocasión en la que su profesión la había ayudado a encontrar alojamiento en la isla, un lujo para todo aquel que llegara de fuera a trabajar, ya que la mayoría de las viviendas estaban destinadas a alquiler vacacional. Mila, la trabajadora social que le había

gestionado todo lo referente al viaje y a su estancia, le había comentado que, por suerte, algunos de los dueños de ese tipo de viviendas preferían inquilinos estables, «gente de fiar». Y el propietario de su alojamiento, por lo visto, pertenecía a ese grupo.

«¿Gente de fiar?, ¿estás segura de que yo soy de fiar? ¿Y si se entera de dónde vengo?», le había preguntado Simonetta entre bromas y veras.

«No se va a enterar nadie de dónde vienes, eso dalo por supuesto. En cuanto a lo de fiar... no sé yo...», contestó Mila con ironía.

—Sí, soy la doctora Brey.

—Espere un segundo, que ahora mismo bajo.

Al segundo no, pero no habrían pasado más de cinco o seis cuando oyó que se abría la puerta de una de las casitas del otro lado de la calle. Apareció un hombre enjuto, de edad indefinida, con barba descuidada y pelo alborotado. A pesar de la baja temperatura salió con la ropa de estar por casa, con una camiseta grisácea de manga larga, un viejo vaquero y unas abarcas sin calcetines. Parecía darle igual.

—Pau Martí —le dijo tendiéndole la mano.

—Simonetta Brey, encantada.

Ella supuso que se trataba de un trabajador. Su saludo era firme y la piel de la mano algo basta. Olía a humo, e instintivamente volvió la vista hacia su casa, como para asegurarse de que la chimenea estaba funcionando.

—Le he molestado al presentarme a semejante hora.

—No se preocupe, las cosas son así —le respondió el hombre sin más después de abrir la puerta. No permitió que Simonetta cargara con ninguna de las maletas y entraron en la vivienda. Al encender la luz, quedó sorprendida por lo bien decorada que se encontraba la estancia.

—Qué casa tan bonita.

—Está recién pintada y los muebles también son nuevos.

—Está muy bien, tiene usted muy buen gusto —no pudo evitar comentar mientras ojeaba todas las estancias. El hombre sonrió.

—No es mérito mío. Una amiga que tiene una tienda se ha encargado de todo. Yo solo de pagar.

Con una buena iluminación, el casero ganaba algo. Parecía bastante más joven de lo que en un principio ella había creído; era probable que tuviera tan solo unos años más que ella y lucía unos hermosos ojos azules en medio de aquella maraña de cabellos y piel curtida.

—¿El coche está en la calle? —le preguntó Simonetta. El contrato de alquiler de la casa incluía un automóvil, imprescindible para desplazarse por la isla.

—No, está en la cochera. Ahora se lo enseño.

Salieron de la casa y entraron en un cuartucho que hacía las veces de garaje, pegado a la vivienda principal. El coche en cuestión era un Alfa Romeo rojo bastante antiguo.

—Tiene años, pero pocos kilómetros. Es de mi hermana. Lo dejó aquí cuando se fue a vivir a Palma y solo lo usa cuando viene por Navidad, así es que... todo suyo. Lo llevé al taller la semana pasada para ponerlo a punto.

Pau Martí hablaba castellano, pero con un acento menorquín tan acusado que Simonetta tenía que esforzarse por entenderle algunas palabras.

—¿Y esa moto?

—Esa moto es mía. Tuve un accidente con ella y no he vuelto a cogerla. Ahora me las apaño con otra.

—¿También está puesta a punto?

—No, habría que llevarla al taller. ¿Le interesa?

—Quizá, pero por el momento déjelo así, no quiero importunarle más.

Antes de despedirse, Martí le explicó la forma de llegar al supermercado más cercano y cómo salir a la carretera principal.

—Hasta abril aquí, en las calas, está todo cerrado. No hay nadie. En esta calle la única casa habitada durante todo el año es la mía. De vez en cuando viene algún vecino desde Barcelona un fin de semana, pero poco más. Ya se dará cuenta de lo tranquila que es la zona. Si necesita algo, llámeme sin ningún apuro, no importa el momento. Esto está muy apartado. Si no le contesto en el acto, le devolveré la llamada en cuanto pueda. Por cierto, ¿va a trabajar en Canal Salat?

—Sí, como médico de familia. Quién sabe, igual es usted paciente mío.

—Todo puede ser. Con lo poco que voy por allí, no sé ni quién es mi médico.

—Eso es una buena señal. De todas formas, si necesita algo, puede usted llamarme cuando quiera —añadió Simonetta mientras se despedía. A pesar de la primera impresión que transmitía, Pau parecía una buena persona, y el hecho de vivir tan aislada en un lugar desconocido la alentó a ser amable con él.

SIMONETTA CONSULTÓ EL reloj. Ya eran las dos de la madrugada. Estaba agotada y ni siquiera tenía hambre. Le escribió un mensaje a su madre para que, en cuanto se despertara al día siguiente, supiera que estaba sana y salva, y se metió en la cama en braga y sujetador, sin ganas siquiera de buscar un pijama.

2

LA ALARMA DEL móvil sonó cuando Simonetta estaba profundamente dormida. Despertó sin saber en qué lugar del mundo se encontraba y aún tardó unos segundos en ubicarse. Entreabrió los ojos con una terrible pereza, no ya solo por el hecho de levantarse, sino también por tener que poner en marcha un nuevo período de su vida que en realidad ella no había elegido.

Le incomodaba tener que madrugar el primer día en que disfrutaba de libertad, libertad de la auténtica, pero no le quedaba otra si quería seguir aprovechando ese preciado bien que acababa de recuperar, el que iba a permitirle llevar a cabo sus deseos, desde los más sencillos y cotidianos hasta los más elevados y sublimes. Todo dependía en buena parte de un contrato que debía firmar esa misma mañana para que su vida volviera a la maravillosa normalidad.

Había dejado la puerta del dormitorio entreabierta y a través de la rendija entraba un poco de luz. Parecía que no hacía tanto frío como de madrugada. Se puso el jersey del día anterior y salió descalza al salón. De noche no se había dado cuenta, pero la pared ubicada frente a su habitación estaba acristalada y daba a una espaciosa terraza. Se acercó, estaba amaneciendo, y lo que vio la dejó realmente impresionada. Frente a sus ojos se veía el mar, pero no el mar abierto, sino un brazo de agua que penetraba a través de las rocas y la vegetación, formando una cala. Corrió la

puerta de la cristalera y una saludable brisa marina penetró en la casa, arrastrando con ella su genuino olor a yodo y a sal. La tramontana había cesado y el ruido de las olas ya no imponía su poder, sino que mostraba su majestuosidad y calma.

Como por arte de magia, conforme la luz del día avanzaba, iban apareciendo uno tras otro los colores del cielo; del agua; de los arbustos; de las rocas, y también de las casas más alejadas, ubicadas en lo alto de una de las vertientes de la cala. Pensó que, por muy buenas que fueran aquellas vistas, sin duda la panorámica de su villa era la mejor. Desde allí se divisaban las cadenciosas idas y venidas de las olas, en ese momento dóciles, pero quién sabe si en otros amenazadoras; desde allí se alcanzaba y se dominaba el horizonte marino, sosegado e inquietante, y se disfrutaba de un idílico paisaje que solo el viejo Mediterráneo puede ofrecer.

Muy animada se duchó, se vistió, desayunó un café con galletas María y salió para montarse en el coche. La vivienda del casero estaba cerrada y todas las persianas permanecían bajadas. Tenía el jardín bien cuidado, con dos árboles, varios arbustos y, curiosamente, ningún macetero con flores, lo que a Simonetta le hizo suponer que vivía solo. Su «deformación profesional» la incitaba a catalogar, basándose en indicios, a todo aquel con quien se cruzaba. No lo podía evitar. Durante una época tuvo que hacer una «cura de catalogación» porque esa costumbre se había convertido en una auténtica obsesión que estaba afectando a su vida cotidiana.

Llegó un compañero nuevo al trabajo con el que había congeniado nada más conocerse. Procedía de otra ciudad y su estancia iba a ser pasajera, de tan solo unos meses. Llevaba una alianza en el dedo y Simonetta dio por supuesto que estaba casado. Desde el principio presintió que ella le gustaba y el interés era recíproco, pero evitó cualquier intento de coqueteo que él iniciaba porque de ninguna manera deseaba una relación a tres.

Desalentado, le tiró los tejos a otra compañera y acabaron juntos. Entonces, ante su sorpresa y estupor, Simonetta se enteró de que la alianza era un recuerdo de sus padres, ya fallecidos, y de que estaba soltero. El chasco y la rabia le hicieron replantearse su costumbre y durante mucho tiempo consiguió no establecer ninguna conclusión sobre nadie en su vida privada. Y le fue bastante bien.

EL ALFA ROMEO se puso en marcha a la primera. El motor sonaba casi como si fuera nuevo. Tardó un poco en encontrar la carretera principal porque la urbanización de la zona era un tanto enrevesada. Tenía cuarenta y dos kilómetros por delante hasta llegar a Mahón y desde el inicio del viaje ya se percató de que lo iba a disfrutar. A ambos lados de la carretera iban apareciendo pequeñas colinas cubiertas de árboles, arbustos y campos de cereal, entre los que aparecía, de cuando en cuando y a lo lejos, una casa de labranza. Ni un chamizo a desmano, ni una vivienda moderna ni estridente que desluciera el sereno paisaje de la isla.

La Subdirección de Atención Primaria, donde tenía que firmar el contrato, se encontraba en el Hospital Mateu Orfila. Mila, la persona que había gestionado todo el proceso, le había advertido de que no debía comentar que carecía de titulación de catalán. «Ha sido una pequeña trampa, han hecho contigo una excepción por la falta de médicos y la situación en la que te encuentras. La subdirectora de área lo ha entendido, ya que tu contrato es temporal, y ha hecho la vista gorda, pero no debe enterarse nadie, ni compañeros ni pacientes. En la práctica no vas a tener ningún problema porque allí todo el mundo habla también castellano y los extranjeros no hablan catalán, pero has de tenerlo presente, sobre todo por no dejar en evidencia a la propia subdirectora, que no puede crear un precedente ni incumplir la ley».

—PASE POR AQUÍ. La doctora Lluch la está esperando. —La secretaria de dirección la condujo al despacho.

—Adelante, bienvenida —la saludó la subdirectora tendiéndole la mano amistosamente mientras se presentaba—. Ana Lluch. —Era guapa, tendría unos cincuenta años y lucía el cabello rubio recogido en una coleta, la piel transparente y los labios pintados de rojo.

—Muchas gracias por recibirme —le contestó Simonetta—; en otros sitios se firman los contratos directamente en la oficina de Personal.

—Sí, pero quería conocerte y darte la bienvenida en persona. ¿Has tenido un buen viaje? —le preguntó, invitándola a sentarse. Su despacho era completamente funcional, repleto de papeles y carpetas a los dos lados del ordenador, mobiliario beis y paredes libres de cuadros, aunque también contaba con algún toque personal, como una vela perfumada sin encender en un ángulo de la mesa o una tetera de acero inoxidable con una taza al lado en un mueble auxiliar debajo de la ventana. En un extremo de la amplia estancia había una mesa redonda con cuatro sillas, pensada seguramente para reuniones de varias personas, pero a ella la había conducido a la mesa de trabajo rectangular que presidía el despacho.

—Un viaje sin incidencias —le respondió Simonetta, sin ganas ni motivos de dar más explicaciones.

—Quiero que sepas —prosiguió la subdirectora— que estamos muy contentos de tenerte aquí, o, mejor dicho, estoy muy contenta —rectificó para matizar el singular— de que trabajes con nosotros y de que este contrato y tu estancia aquí, que espero que sea larga, puedan servirte de ayuda.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —le salió de pronto a Simonetta, de una manera tan espontánea que no había terminado de decirlo y ya se había dado cuenta de que quizá lo había expresado de una forma un tanto brusca—. Quiero decir —prosiguió antes

de que la doctora Lluch contestara— que me resulta un tanto extraño que una persona desconocida se interese de esa manera por mí.

—Bueno, como supondrás, he tenido que informarme sobre tu caso. Me lo han explicado sin muchos detalles a la vez que me hablaban muy bien de ti como profesional y como persona. Por eso, desde el primer momento no dudé en ofrecerte este contrato. Creo que puede ser beneficioso para ti y también para nosotros, ya que necesitamos buenos médicos en plantilla.

—Hace mucho que no ejerzo de médico de familia.

—Sí, ya lo sé; por eso te propongo que de momento empieces con tu trabajo, pues necesitamos cubrir sin dilación la plaza del centro de salud de Canal Salat que ha quedado libre. Si tras tu incorporación crees que precisas una actualización en alguna de las especialidades, puedes venir al hospital a «reciclarte» en todo aquello que necesites.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta. A mí me gusta hacer las cosas bien. Te agradezco la oportunidad que me das. Intentaré estar a la altura.

—No lo dudo —le respondió la subdirectora mostrándole el contrato. Lo firmó sin leer—. Antes de irte —añadió al ver que Simonetta quería abreviar el trámite—, quiero que aguardes un momento. Hay alguien que te quiere saludar.

—¿De verdad? —repuso Simonetta sorprendida.

—Macarena —dijo la doctora Lluch por teléfono—, dile al comisario que puede pasar.

«¿El comisario? —pensó Simonetta—, ¿es que tengo que dar fe de mi llegada a la policía? ¿Por qué, si quedó claro que ni siquiera debía presentarme en el juzgado?»

La subdirectora se levantó y comenzó a servirse una taza de té sin ni siquiera ofrecerle a Simonetta, que se encontraba de espaldas a ella. Llevaba la bata blanca de rigor abotonada de arriba abajo y, cosa rara entre las médicas de hospital, unos tacones

bastante altos. Supuso que no los llevaría solo por gusto, sino para dotarse de la confianza y autoridad necesarias en un puesto en el que tenía que lidiar por arriba y por abajo con egos de todos los pelajes. Por fin, la puerta se abrió y apareció un hombre moreno, de mediana estatura y complexión fuerte, que sonreía.

—¡Darío! —exclamó atónita Simonetta cuando vio frente a ella, en aquel lugar tan alejado, a Darío Ferrer, su antiguo compañero de fatigas. De manera automática, sin que se lo propusiera, su cerebro empezó a trabajar de una manera vertiginosa intentando ensamblar los cables que iluminaran aquella maraña de pensamientos e incógnitas que de repente la estaban aturdiendo—. ¿Qué haces tú aquí? —consiguió balbucear en busca de una respuesta que ella misma no se atrevía a adelantar.

—Muchas gracias por todo, Ana, de verdad —le dijo Darío a la subdirectora, dejándole paso para que abandonara el despacho con la taza de té en una mano y el contrato firmado en la otra.

—Adiós, Simonetta, nos veremos —se despidió ella—; os dejo mi despacho todo el tiempo que necesitéis, yo me voy a una reunión con el equipo directivo. —Sonrió al comisario mientras cerraba la puerta. Ferrer avanzó hasta colocarse delante de Simonetta, que permanecía sentada, con la mirada fija en él y los ojos como platos.

—¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer, Darío! ¡No me digas que has sido tú el artífice de todo esto!

El comisario, de paisano, con traje sin corbata y las manos en los bolsillos del pantalón, miraba a Simonetta con una gran sonrisa.

—Qué guapa sigues estando, italiana.

Simonetta sonrió también, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Esto solo podías haberlo organizado bien tú. Qué estúpida he sido pensando que había sido la buena de Mila.

—No, no te confundas. Mila también ha contribuido, ha sido una buena lugarteniente. Yo tan solo aporté algunas ideas y ella las ha convertido en realidad. Ha hecho un gran papel.

—¿La casa también fue idea tuya?

—La casa fue idea mía, claro. Si te soy sincero, también he sido yo quien la ha hecho realidad. No te merecías un lugar peor. ¿Te ha gustado?

—Por supuesto que me ha gustado. Es una maravilla. No creo que pueda pagar el alquiler. Aunque aún no sepa lo que cuesta, seguro que no entra dentro de mis posibilidades. Pero... tú sabrás. Yo allí me quedo.

Ferrer rio. Qué mujer. Seguía siendo la misma, la que tantas veces le había quitado el sueño: inocente y pícara, sensible y valiente, inteligente y terriblemente seductora.

—¿Te parece que nos sentemos mejor aquí? —le indicó Ferrer señalando la mesa redonda—. No quiero usurparle el puesto a nadie —continuó, mirando de refilón la silla de la subdirectora. Sin decir nada, Simonetta se levantó y se cambió de silla, dando un pequeño rodeo para no rozarse con el comisario. Él se dio cuenta, pero se hizo el despistado. Quedaron frente a frente.

—Ahora vas a contarme qué estás haciendo aquí, ¿verdad?

—Más o menos... —respondió Ferrer con sorna.

—Pues ya puedes empezar, porque me estoy impacientando.

—Te lo aclaro rápidamente —continuó, colocándose justo en el borde de la mesa, con los brazos sobre la superficie, las manos entrelazadas y la firme mirada fija en su interlocutora, un gesto muy típico de él cuando estaba concentrado en dar una explicación—. Llevo seis meses en la isla. Pedí un traslado temporal porque mi mujer necesitaba un cambio de aires. Tenía problemas en el colegio y pidió una excedencia. Una amiga de Alaior le dijo que necesitaban profesoras de inglés en un colegio de Mahón y se vino con los niños. Después me vine yo. Esa es la historia... la primera parte de la historia, quiero decir.

—Ya. Ahora te falta contarme la segunda parte, es decir, qué es lo que hago yo aquí y qué haces tú en este despacho conmigo.

—Por supuesto. Sigues siendo tan lista como siempre, italiana.

Simonetta no pudo contener de nuevo la sonrisa. Él sí seguía siendo el mismo de siempre: seguro, ocurrente, encantador... y casado. Era un placer entablar una conversación con él, y, por supuesto, había sido también un placer trabajar codo con codo, casi siempre en circunstancias cuando menos comprometidas. La pena es que la relación que los unía sobrepasó la barrera del compañerismo y la amistad: fueron amantes y ahora Simonetta temía sucumbir de nuevo a una tentación que siempre podía volver a presentarse, máxime cuando se encontraba sola y, en cierto modo, desamparada.

—La segunda parte, mi querida doctora Brey —prosiguió Ferrer cambiando de postura, ahora un poco más relajada—, es un tanto más complicada que la primera, aunque bastante sencilla de explicar. Tú creías en las premoniciones, ¿no?

—Depende —le respondió Simonetta, cautelosa e intrigada por saber qué sorpresa le tenía preparada. Hubo un tiempo en que entre ellos hablaban mucho de premoniciones. Empleaban ese término cuando, enfrascados en algún caso, no conseguían reunir las pruebas suficientes para demostrar una hipótesis a pesar de contar con indicios más o menos contundentes. Era una palabra que utilizaban mucho las monjas de su colegio; siempre iba asociada a una revelación divina que los ayudaba a solucionar diversos problemas de la vida cotidiana. Simonetta la empleó un día delante de Darío: «Hoy he tenido una premonición», y a partir de entonces la adoptaron como equipo, al principio con cachondeo y al final como parte fundamental del argot laboral.

—¡Pero si eras la reina de las premoniciones! ¡Y además con éxito!